

Historia y proceso de la identidad de Perú

El proceso político-social y la creación del Estado*

Oswaldo Holguín Callo

Pontificia Universidad Católica del Perú

Presentación

¿El Perú es una nación, lo ha sido, lo será algún día? ¿Es, ha sido o será un conjunto de naciones? Por lo mismo, ¿ha tenido, tiene o tendrá una identidad nacional, o varias? ¿Por qué los peruanos hablamos de identidad nacional? ¿Porque no la tenemos, no es una sola, no es clara, es nueva? ¿Desde cuándo es un problema, un motivo de preocupación intelectual? ¿Acaso desde la guerra con Chile? Lo cierto es que Perú busca su identidad desde hace muchos años.

El Perú y lo peruano son conceptos en debate. A Perú se lo considera un país americano, hispanoamericano, andinoamericano, pero también cristiano, occidental, hispánico, mestizo. A menudo se ha hablado y se habla de Perú, de lo peruano y de los peruanos como si todo ello fuera un cuerpo homogéneo y monolítico, y se prescinde de sus variedades. Otras veces se dice que Perú es un mosaico de razas y culturas, tantas que no cabe reconocer ninguna unidad. Perú ha sido y es motivo de preocupación intelectual referida a su ser, esencia e identidad. La diversidad social y cultural que lo caracteriza sustenta, en parte, esa preocupación. Preguntar qué es Perú apunta a despejar su identidad, su naturaleza social; en verdad, lo que queremos saber es si constituye una nación, entendida ésta como una categoría –la más alta y evolucionada– de la escala en que se reparten las sociedades humanas.

* El presente trabajo fue ofrecido por el autor como conferencia ante profesores de enseñanza secundaria. No obstante, el autor ha querido añadir una bibliografía que permitiera a los interesados profundizar en la problemática presentada en el artículo.

El proceso histórico peruano

Llamamos peruanos a todos los habitantes de Perú a lo largo de su milenaria historia, pero sobre todo –y esto es muy natural– nosotros nos reconocemos como tales, y en función de nosotros le damos un sentido a la historia de Perú, interpretamos el pasado peruano. Por cierto, la historia del Perú ha sido y es objeto de distintas explicaciones y propuestas, como toda historia, pero no podemos cambiarla, aunque no nos guste. Muchos factores ocasionan esa variedad, por ejemplo el lugar; así, desde Lima no se pueden ver muchos particularismos.

La historia de Perú es la historia que se ha desarrollado en el territorio peruano, son los hechos que han protagonizado –consciente o inconscientemente– sus habitantes, los peruanos, desde los más antiguos pobladores, hayan o no nacido allí, tengan raíces antiguas o recientes. La historia de Perú no empieza con la llegada de los españoles. Estos se incorporan a ella como conquistadores y colonizadores, lo que sin duda hace que cambie radicalmente. La historia del Perú moderno es también la historia de las razas que lo han hecho en los últimos cuatro siglos sobre bases milenarias puestas por el hombre antiguo. Los españoles no partieron de cero; edificaron sobre lo que hallaron. Después, otros hombres los siguieron.

La historia de Perú nos muestra un proceso inacabado de formación de una nación con ingredientes diversos. El Perú que conocemos e integramos se ha constituido lentamente. Es obra de muchas generaciones, un resultado histórico, una consecuencia, un ser nuevo que antes no existía, que se ha formado y sigue formándose, pues el proceso no ha concluido.

La visión histórica de Perú –lo que entendemos y reconocemos que ha sucedido en nuestro país– sustenta nuestro concepto (idea) de Perú, pero también la aprehensión de la realidad que nos rodea –y que integramos– condiciona nuestra visión histórica, por lo que es fundamental que la historia de Perú que se enseña no sólo sea coherente sino que también se corresponda con la actualidad. No podemos enseñar una historia de Perú desvinculada del presente, extraña, irreal y artificiosa. Tampoco una en la que todo lo mejor ya ha pasado –una edad de oro definitivamente sepultada– y en la que la actualidad sólo arrastra sombras y males. En la historia de Perú, todos los peruanos han sido y son protagonistas, ninguno puede reclamar preferencias o privilegios. La historia del Perú descubre la peruanidad.

La historia de Perú se nos muestra a menudo fracturada, frustrada, trunca, como resultado de profundos resentimientos y traumas que debemos superar, pero también de la manipulación ideológica y política. Me refiero a afirmaciones reduccionistas que engendran derrotismo, vergüenza y revancha, del tipo “la conquista acabó con un gran imperio autónomo y civilizado, puso al país en situación de

dependencia de España e inauguró la era de explotación y servidumbre”, o “la independencia fue concedida, casi contra la voluntad de los peruanos, y se pasó con ella a otra dependencia, la de Inglaterra”, o “la guerra con Chile fue de la oligarquía y nos la hizo el imperialismo británico”.

El Perú antiguo

El Perú Antiguo no tuvo nombre, no le hacía falta. El nombre Perú se lo pusieron sus conquistadores, lejos aún de alcanzar sus confines, para quienes era necesario un referente semántico que englobara el espacio designado o intuido y la riqueza que le era atribuida, que resultó mayor de la imaginada. Fue un territorio ocupado por numerosas naciones enfrentadas muchas veces en guerra; actualmente sobreviven algunas rivalidades en las regiones, resultado de sus seculares contradicciones.

El imperio incaico coronó un proceso de miles de años en el que participaron hombres y mujeres llegados de diversas procedencias que construyeron las “culturas” que englobamos en lo que llamamos Antiguo Perú. Pero fue una culminación imperfecta porque, quizá por falta de tiempo, no construyó una nación, no fundió en un crisol los mil pueblos que lo integraban. Lejos estuvo el imperio de amalgamar a sus diversos componentes, y cuando lo sorprendieron los europeos le faltaba mucho camino para cristalizar una sola fuerza capaz de detenerlos, si no con las armas, con la cohesión social que es fruto de la conciencia nacional. Los episodios de la conquista están llenos de colaboracionismo indígena, en prueba del sustento político-militar, antes que social y cultural, que tenía el imperio.

Los incas son parte de la historia de Perú, pero no viven Perú. Más bien ponen los cimientos, preparan el terreno, empiezan la construcción del edificio que es el Perú actual, el cual, a medio construir, sufre importantes cambios en su estructura y acabados. Lo que resulta es obra de los incas –del hombre andino en general– pero también de los españoles, de los negros y de otros hombres llegados para fundirse en la obra magna que es Perú.

La conquista

La conquista española no fue la primera sufrida por el antiguo hombre peruano; en realidad, su historia es una historia de conquistas –waris, chancas, quechuas, etc–. Pero sí fue la que lo alejó para siempre de sus patrones aborígenes, al someterlo a la cultura occidental y al descubrirle el sentido cristiano de la

vida. La conquista ha sido objeto de encontradas polémicas entre quienes la defienden y justifican y quienes la atacan y condenan. Lo cierto es que el Perú moderno no se entiende sin ella; mejor dicho, en la conquista se sentaron las bases de la actual configuración de Perú.

La conquista fue un hecho violento y brutal que horroriza en más de uno de sus episodios, pero su significación histórica no puede ser menoscabada. Por cierto, no seríamos cristianos si restáramos importancia y aun justificáramos los sufrimientos causados por la conquista. No se trata de eso. Pero no podemos menos de saludar ese hecho por la trascendencia que tiene en nuestra vida histórica de peruanos, pues el Perú que conocemos –vale decir el nuestro, el que hemos heredado y seguimos construyendo– debe su inicio al encuentro que la Providencia dejó que en esta tierra tuvieran, bien es verdad que con distinto sino, sus dueños los aborígenes cobrizos y los extraños cristianos españoles, a quienes servían en su ambiciosa aventura algunos negros traídos de Africa. Tres razas distintas, como distintos eran sus orígenes y horizontes, cuya descendencia, al cabo de quince generaciones, somos nosotros, los peruanos.

Los peruanos venimos de conquistadores y conquistados. Cuando decimos que los peruanos fuimos conquistados, nos equivocarnos. Cuando decimos que los españoles nos conquistaron, también nos equivocamos. Cuando al hablar con españoles de hoy les atribuimos la conquista, cometemos el mismo error, pues ellos no son ni se parecen mucho a los del siglo XVI. No debemos responsabilizar a los españoles de hoy de la conquista, como éstos no pueden pensar que han tenido la más mínima parte en ese proceso. Lo propio es decir que los españoles del siglo XVI –y ni aun todos en la misma medida– fueron los conquistadores de los incas, o del Tahuantinsuyu, o de los indios. Los actores del drama de la conquista hace mucho que no existen, como a su turno desaparecieron otros semejantes –romanos y bárbaros, turcos y árabes, mongoles y tártaros– dejando, en mayor o menor medida, huella de su paso y circunstancia.

La conquista de los incas y de otros pueblos lleva a las siguientes reflexiones. Es verdad que la muerte de los imperios y las civilizaciones es lamentable, como lo es la muerte en general, cuánto más si es resultado de la violencia y de la dominación. Pero antes que lamentar la muerte, el hombre celebra su propia vida, el acto que le dio origen, aunque el precio sea la muerte del vencido y conquistado. Así, la conquista dio muerte a los incas, pero dio vida a Perú. No podemos renegar de ella sin, al mismo tiempo, maldecir inconscientemente el nacimiento de Perú. Pero celebrar la conquista o hallarle significado fundacional no es traicionar a los incas, no es restarles mérito, paternidad ni trascendencia en la historia de Perú. Sólo es reconocerle valor y actualidad al hecho de que cambió el mundo andino y posibilitó nuestra propia existencia.

El Virreinato

A partir de 1532 se completaron las bases del edificio nacional peruano al producirse la llegada –invasión dicen algunos, con ánimo de censura– de miles de europeos españoles y de no menos africanos traídos como esclavos. Ambos flujos migratorios se sumaron al poblador aborigen radicado desde antiguo –en su momento también un invasor–, el cual reconocía una diversidad cultural y política que los incas habían respetado siempre y cuando no se opusiera a sus planes. Resultó de ello una sociedad dirigida y dominada por los blancos peninsulares y criollos (cierto es que con muchas excepciones y matices en pro de las otras razas), conscientes de su superioridad y celosos guardianes del orden, a los cuales caracterizaba además una elemental cohesión política y militar, garantía de su liderazgo. Los españoles constituyeron así una minoría nacional desprendida de su lar nativo, que imperó sobre una mayoría dividida en cientos de colectividades que seguían fieles a sus ancestrales tradiciones de todo tipo. Creo que cabe llamarlas naciones, como también advertir sus desarticulaciones, contradicciones y crisis. Los negros nunca tuvieron la oportunidad de formar una comunidad nacional, dada su diversa procedencia, situación servil y variadas tradiciones culturales.

Frente a esos tres grupos raciales –fundadores del Perú actual– fueron surgiendo desde muy temprano otros que eran la resultante del cruce de aquéllos: los *mestizos*, con sangre española e indígena; los *mulatos*, descendencia de españoles y negros; y los *zambos*, producto de indios y negros. Y más adelante se produjeron nuevas combinaciones raciales, cada una con nombre propio, características físicas y hasta psicológicas, según la mentalidad jerarquizadora, clasificadora y racista de la época.

El virreinato estableció una sociedad de castas, pues, aparte de consideraciones políticas y económicas, la separación y dominio de los hombres que eran distintos y se consideraban inferiores, era un hecho que se concebía natural y ético. Por cierto, los españoles ocuparon la cima de esa pirámide etno-social, lo que no impidió sus relaciones con indios y negros –a pesar de expresas prohibiciones– ni muchas excepciones a esa regla de liderazgo. El mestizaje se produjo indetenible como un hecho contrario al ideal de la pureza racial, resultado del prejuicio y otros factores.

Los criollos, enfrentados a menudo a los peninsulares, desarrollaron pronto ideas de autoestima y orgullo nativo que llamamos “conciencia criolla”. Así, Diego de León Pinelo defendió los estudios hechos en San Marcos, el franciscano Buenaventura de Salinas y Córdova, hijo a su vez de criollos, se llenó la boca hablando de las maravillas de su tierra, etc., etc. Algunos alcanzaron los niveles más altos de la administración, como las codiciadas oidorías, y uno de ellos,

Alvaro de Ibarra –un jurista mestizo– asumió el gobierno en la época del Conde de Lemos. Los estudios de Bernard Lavallé sobre el nacionalismo y la conciencia criolla son bastante explicativos al respecto. La Ilustración dio lugar a valiosos y precusores estudios peruanistas, como los publicados en el *Mercurio peruano* (1790-1795), donde Hipólito Unanue, criollo de Arica, hizo ver no sólo el patriotismo criollo sino una proyección nacionalista en sus escritos. Ello ha permitido decir que por entonces –fines del siglo XVIII– se empezó a plasmar la idea de nación peruana.

También se desarrolló una conciencia inca, un nacionalismo indio, y hasta se ha reconocido más de un movimiento mesiánico de identidad incaica, y no sólo la gran rebelión de Túpac Amaru, el cual se adelantó a los tiempos cuando reconoció que todos los nacidos en Perú eran paisanos y compatriotas.

A la evangelización de los indios, un medio de su occidentalización o españolización, a fines del siglo XVII se sumó el uso obligatorio de la ropa de Castilla.

En cuanto a los mestizos, ¿hubo una conciencia mestiza? Los motines que tramaron en el siglo XVI no son suficiente prueba. Ellos sufrieron, quizá más que ningún otro grupo, la marginación racista. Por lo mismo, ¿desarrollaron una conciencia solidaria? Un sociólogo destaca su condición marginal y su número cada vez mayor, la desconfianza que frente a ellos sentían los españoles, su conducta violenta y licenciosa, sus actividades dinámicas, cómo desbordaban los límites impuestos a las castas, su relativa independencia ante las convenciones sociales, cómo en la costa se identificaron con la orientación criolla y naciente cultura “peruana”, y en la sierra su orientación fue serrana y fragmentada por las identificaciones regionales.

El mestizaje, mal visto por la Corona y los españoles en general, e incluso por los indios, tuvo que exigir su reconocimiento. El Inca Garcilaso fue el primero que lo reivindicó. Después hubo otros. Sobre los negros y mulatos existen muchas señales de su adscripción a la sociedad criolla, pero también cabe sugerir que el esclavo o liberto tuvo que crear una conciencia particular, étnica, más aún si consideramos su número y condición en la costa peruana. A fines del siglo XVIII algunos mulatos –como el médico José Manuel Valdez– alcanzaron, por sus méritos académicos, altos honores en la sociedad criolla.

Waldemar Espinoza Soriano asienta que en el Virreinato “cada *casta o nación* estaba bien identificada; conservaban rasgos que permitían reconocerlos y diferenciarlos de las *castas o naciones* restantes. En tal sentido, poseían *identidad* [...] No cabe la menor sospecha de que cada sector social-racial tenía su *identidad*”. Y así como se produjeron algunos conflictos interraciales, especialmente entre indios y mestizos o entre indios y negros, hubo muchas vías para estrechar relaciones entre esos mundos distintos llamados a coexistir.

¿Qué nos dejó el virreinato, además de la sociedad de castas –forzoso imperio de los conceptos raciales vigentes en la época– y, a pesar de ella, un mestizaje galopante? Un balance desde el ángulo de nuestros intereses esenciales no puede desestimar que entonces se consolidó la unidad territorial de Perú gracias a la tupida red de relaciones políticas, sociales y económicas tejida desde Lima y otras ciudades importantes (bien que la separación de Charcas por el reformismo borbónico traería largas y dolorosas consecuencias).

Ahora bien, el virreinato muchas veces ha sido mal interpretado; viejos prejuicios afectan su real significado: “había que sacudir la proverbial pereza (herencia del coloniaje) del peruano...” (María Wiesse). O es visto simplistamente como una edad opresiva que no admite justificación, o sólo un paréntesis en la historia de Perú. La verdad es que su estudio y cabal comprensión es indispensable para entender a Perú.

La independencia

La identidad predominante en la época de la independencia es en buena cuenta la de un sencillo americanismo de base hispánica exhibido por los criollos de toda la América española, cuando Perú era sólo una pieza del mecanismo imperial y no se habían desarrollado aún los nacionalismos. La identidad criolla y americanista del precursor Viscardo y Guzmán es una notable prueba de su amplitud geográfica.

El logro de la codiciada independencia al fin de la auténtica guerra civil determinó en la conciencia política general, más tarde o más temprano, la certidumbre de que Perú no sólo existía como país y patria, sino como Estado y como posibilidad de nación. Es verdad que la independencia hizo “descubrir” a muchos la existencia de Perú. Con ella tuvo sentido hablar de la “nación peruana”, pues antes sólo era posible reconocer la española (nación en sentido político, no como raza). Una “nación” nueva, en teoría, aún inexistente pero deseada, dentro de un país en gran parte desconocido, y un Estado no menos nuevo representándola fue el resultado de la independencia, como lo fue también la adopción de principios igualitarios. Antes, en el virreinato, se reconocía oficialmente la convivencia de varias naciones étnicas.

La independencia devuelve a Perú la libertad, la autonomía (a pesar de sus nuevos tutores comerciales y financieros), pero el Perú que se separa para siempre de España ya no es el de Atahualpa. Ha sufrido grandes cambios; en realidad, bien lo dice Bartolomé Herrera, es un pueblo nuevo, pues aunque conserva gran parte de su ancestro aborígen, contiene los fermentos de su imparable transforma-

ción. Es verdad que lo rigen los criollos y algunos mestizos, con sus privilegios y ventajas, pero ellos han adoptado un código político que a la larga devolverá la dignidad humana a todos los que la habían perdido y hará ciudadanos a todos los nacidos en estas tierras.

En los pueblos de raza homogénea, la identidad releva dicha unidad racial, la cual constituye a menudo su base fundamental. En la independencia de Perú se advierte un factor cohesivo que en alguna medida supera las diferencias raciales-culturales, y que más o menos une a todos porque acorta distancias a futuro, o entraña un proyecto de sociedad que eso pretende. Después de siglos de opuestos y encontrados intereses, blancos, indios, mestizos, negros y mulatos coinciden en un proyecto –criollo-mestizo sobre todo– que coyunturalmente los une para alcanzar una meta común. A lo largo de la República, el proyecto se va haciendo realidad.

La lucha contra los realistas no fue signo de una identidad nacional, sí de una convergencia política, de un ideal común. Los marxistas han devaluado el esfuerzo peruano por su independencia, acuñando la frase “independencia concedida”, exigiéndole un carácter de revolución social que no estaba en condiciones de adoptar, o menospreciando el proyecto criollo. Es preciso devolverle el valor fundacional que tuvo en nuestra conciencia histórico-política.

La República. Siglo XIX

El régimen republicano tiene la “inapreciable ventaja de borrar las preocupaciones de nacimiento y color, aproximar las castas rivales y hacer más íntima la fusión nacional que es para el Perú la gran condición de estabilidad y grandeza”, según Lorente en su *Historia del Perú* (Uma, 1866).

Una legislación tendiente a liberar al indio de sus servidumbres y a elevarlo socialmente se anunció pronto (decretos de San Martín para llamar peruanos a los indios y eximirlos de la mita y el tributo), incluso cuando no se comprendió bien su situación y se agravó su problemática (decreto de Bolívar sobre tierras comunales).

Surgieron los símbolos nacionales (la bandera, el escudo, el himno) y se exaltaron el patriotismo y el nacionalismo; así, el Supremo Delegado Marqués de Trujillo, autorizado por el Ministro Bernardo Monteagudo, decretó en 1822 que se dijera “¡Viva la Patria!” al empezar un acto público de obligación o de pasatiempo, y el Congreso de 1823 dio una ley para decir “¡Viva el Perú!”.

El nacionalismo, profunda afirmación peruana, fue anticolombiano unas veces, antiboliviano otras, antiecuadoriano otras, en respuesta a las tensiones del momento y a semejantes apasionamientos de nuestros vecinos. La frase “firme y feliz por la unión” revela voluntad ciudadana de superar el peligro del fracciona-

miento y la guerra civil. A propósito, debo relevar que en Perú no ha habido, como en Argentina o Estados Unidos, cruentos conflictos divisionistas, lo que es decir que la unidad territorial ha sido un ideal colectivo alcanzado.

Las contribuciones de castas e indígenas, vigentes hasta mediados del siglo, revelan la persistencia del viejo racismo en el trato tributario, bien que reconocían una realidad insoslayable. Pero la ley había abolido el sistema de castas y privilegios, lo que se concretó lentamente mediante el acceso a la educación de miles de peruanos de origen humilde. El Estado poco a poco facilitó su promoción.

El descubrimiento de la identidad de Perú por los peruanos alcanzó nuevas luces cuando el sacerdote Bartolomé Herrera lo presentó como lo que era, un pueblo nuevo, y relevó sus despreciados componentes hispánicos.

La igualdad ante la ley consagrada por el sistema republicano, no siempre respetada, significó sin embargo no sólo una importante variación de las reglas coloniales, sino el inicio de una lenta transformación estructural. La participación en la vida política –a pesar de su accidentado desarrollo– hizo cobrar conciencia del deber y el derecho democráticos. La educación poco a poco dio frutos al promocionar a peruanos de origen humilde.

Los indios recibieron un trato bifronte: protector y paternalista por las leyes del Estado, pero marginador e incluso explotador por ciertas autoridades y buena parte de la sociedad. Los mestizos, negros y mulatos fueron a la vez víctimas y verdugos de aquella situación. Hubo incomprensión y desprecio de lo andino en reputados escritores, como Felipe Pardo y Manuel Atanasio Fuentes; o señales del viejo temor que producía “la indiana”. Incluso alguno –Fuentes– sintió vergüenza de ser peruano.

La conciencia del “problema del indio”, de su regeneración e integración, se hizo cada vez más aguda, pero no bastó la supresión del tributo para resolverlo, como creyeron los liberales. La esclavitud del negro, un pecado no purgado de la sociedad peruana, se resolvió aboliéndola y pagando el Estado una cuantiosa indemnización. Las no siempre pacíficas relaciones interraciales provocaron algunos conflictos, quizá verdaderas guerras étnicas (las luchas de chinos y negros en la guerra con Chile, la sublevación de Atusparia en 1885), señal de los hondos abismos mantenidos por la estructura social heredada del virreinato.

Mientras tanto, se iba desarrollando la cultura académica no menos que la popular, y surgieron las criollistas tradiciones de Palma, las acuarelas costumbristas de Fierro, los óleos paradigmáticos de Laso, las festivas marchas militares, y tantas otras muestras del genio peruano, costeño y andino, criollo y serrano, culto y popular.

Hay acuerdo en que la guerra con Chile aceleró la formación de la conciencia nacional y puso al descubierto el Perú profundo, con sus males y esperanzas

(Manrique, 1981); lo lamentable es que historiadores ideologizados la presenten como un conflicto de oligarquías y le resten todo valor formativo. Después, durante la Reconstrucción, el nacionalismo estimuló nuevamente el conocimiento territorial del país y en 1888 se fundó la Sociedad Geográfica de Lima.

El mestizaje biológico siguió su curso, cada vez más libre de los prejuicios coloniales, y los censos no hacen sino demostrar su constante aumento.

La República. Siglo XX

Ensayemos algunas calas a la realidad. El aumento del mestizaje: hacia 1964 un estudioso hizo ver que ya no era posible confiar en las clasificaciones raciales y que por lo menos el 50 % de los peruanos eran mestizos. El país “creció”, se incorporó la selva y con ella numerosos pueblos amazónicos que hoy reclaman un lugar digno en la sociedad peruana. La tarea de peruanizar la selva, de cuidar sus fronteras, se sumó a las otras responsabilidades del Estado, y la Iglesia, a través de los misioneros, contribuyó a lograrla.

El centralismo afectó grandemente el desarrollo del país. La frase “el Perú es Lima, Lima es el jirón de la Unión, el jirón de la Unión es el Palais Concert”, de principios de siglo, lo delata. Y fue causa de un resentimiento antilimeño en las provincias, y también estímulo de los regionalismos y provincialismos.

El siglo XX ha sido pródigo en proponer muchas y hasta opuestas interpretaciones de la realidad peruana –“el Perú debe buscarse a sí mismo” (María Wiese). Desde los arielistas Riva-Agüero, Belaunde, los García, Calderón, etc., pasando por la generación de Mariátegui y Haya de la Torre, la del Centenario –de Raúl P. Barrenechea, Jorge Guillermo Leguía, Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre, Aurelio Miró Quesada, etc.–, hasta generaciones más recientes como las de Puente Candamo, Pacheco Vélez, Macera, Matos Mar, Maticorena, Flores Galindo, etc.

En el siglo XX han tenido vigencia dos posturas antagónicas: el *hispanismo* y el *indigenismo*, o sea la sobrevaloración de lo hispano y de lo andino, respectivamente. El hispanismo, real o figurado –pues la verdad es que se le ha atribuido mucho más de lo que realmente pensaba– se hizo patente cuando, por ejemplo, desconoció la historia del Perú antiguo o cuando manifestó perseguir “la afirmación de lo peruano en la síntesis hispanista, cuyo optimismo prefiere la fe al desconsuelo” (Manuel Mujica), a pesar de aceptar el mestizaje, el arquetipo de Garcilaso, y de tener un alto concepto del peruano y de su historia.

El indigenismo ofrece más variantes. La búsqueda de una identidad nacional andina apareció ya en los primeros estudiosos provincianos del Perú antiguo:

“La música, el teatro, la pintura, el canto, la literatura, la historia e incluso el derecho comienzan a rescatar lo andino y a descubrir las ‘viejas tradiciones’ que alimentan nuestra identidad. Así se van redescubriendo o inventando tradiciones necesarias para el Perú de entonces”.

(Manuel Burga)

Más adelante apareció un indigenismo radical, que clamaba venganza contra los invasores españoles que habían sometido al Imperio (Luis Valcárcel), y un indigenismo que reconoció cambios profundos y definitivos en la vida aborígen (J. Uriel García). A propósito, el indigenismo fue planteado por mestizos. Es verdad que resaltó los valores de la cultura del Perú antiguo y que se opuso al hispanismo –a veces no sin demagogia–, como también que “cayó en una exageración: el etnocentrismo indigenista...” (José Matos Mar).

Pero el Perú como nacionalidad suscitó más de un desvarío –“...el Perú, por su variedad étnica, presenta tres nacionalidades bien definidas: costa, sierra y montaña...” (Eduardo Robles)–, que en tiempos recientes se ha repetido desde distintos ángulos y con varios propósitos.

La posición integradora y unitaria, vale decir la tesis del mestizaje, vino de un aristócrata fimeffio, José de la Riva-Agüero, y de hombres sabios como Víctor Andrés Belaunde –un provinciano–, que desarrollaron el principio dándole matices distintos pero coincidentes en la esencia. Riva-Agüero, en quien sólo se ha querido ver a un hispanista, reconoció que “...la suerte del Perú es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse”. Sin embargo, su más original y contundente aporte a la comprensión de Perú fue su tesis del mestizaje, racial y cultural, tesis que después desarrollaron muchos otros estudiosos empeñados en configurar coherentemente el verdadero rostro peruano. Ni hispanistas ni indigenistas, peruanistas, fue y es su credo. Pero ello le debió, y aún le debe, enfrentar serios detractores: los que consideraban que el mestizaje cultural “no produce sino malformaciones” (Luis Valcárcel), opinión que bien merecería el calificativo de racista y que guardaba estrecho parentesco con semejantes condenas emitidas en tiempos coloniales en contra del hecho; los que sostenían que el uso del concepto mestizo es racista, discriminador, etc., que la cultura “nunca es mestiza, cualesquiera que sean sus componentes” y que el mestizaje no puede ser la base de la integración nacional y “por sí mismo representa de hecho la desaparición de las culturas indígenas...” (Matos Mar), conceptos que no disimulaban este temor, clave del rechazo, ni la fuerza peyorativa del término; y los que objetaron su tesis desde la teoría antropológica (Fernando Silva Santisteban).

En la vereda opuesta, entre los grandes cultores de los estudios andinos que aceptan el mestizaje, se halla José María Arguedas, uno de los más profundos conocedores del alma indígena. Por cierto, su aceptación reconoce matices, mas lo esencial es que significa concederle un papel fundante y a la vez esclarecedor en la vida peruana.

La verdad es que aceptar y proponer el mestizaje como clave de la personalidad peruana fue un gran paso adelante en la construcción de la identidad nacional, pues significó incorporar todo lo andino al retrato académico del Perú, aceptar la herencia prehispánica en pie de igualdad con la hispánica, reconocer que los indios también son nuestros padres... No son muchos los estudios del mestizaje —un Congreso sobre la materia fue organizado por la Academia Nacional de la Historia en 1965—, señal de que el mundo académico aún no le ha concedido el interés que reclama. Hoy día no sólo se reconoce el mestizaje, sino que se lo considera bueno, fecundo y hasta nuestra mayor riqueza. Ha cambiado por completo la imagen negativa que entre algunos tenía, de la cual sin embargo quedan rezagos.

De un tiempo a esta parte existe una especie de neo-indigenismo. ¿Cómo, si no, se explica la gran afición al estudio de lo andino? Gravitan factores como la proximidad del objeto de estudio, el exotismo, el ideal de “pureza cultural” que a algunos atrae, la singularidad universal de la cultura y sociedad, pero también el aliento de la justicia social y, cómo no, la ideología y la política. Sin embargo, a veces los estudiosos de lo andino se dejan subyugar por sus supervivencias, sin advertir sus cambios, su aculturación, su mestizaje; creen que están frente a una reliquia respetada por el tiempo —¡como si éste respetara algo!— y no ven que de lo “original” queda sólo una parte, quizás la menor (“las pretendidas culturas paralelas no son, de modo alguno, estancos: rasgos de origen prehispánico y de origen europeo —predominantes estos últimos— se distribuyen en toda la escala, mientras que las referencias de todos los grupos que participan del sistema se orientan en una sola dirección”, Fuenzalida Vollmar).

Pervivencias del Perú antiguo y, a la vez, signos del mestizaje se expresan en toda forma: en las ceremonias realizadas por la construcción de las casas, en los tipos populares cuzqueños, en la imaginería mágico-religiosa, en las diversas expresiones de la religiosidad popular. Problema aparte es el significado particular que voces como mestizo, cholo, chuto, misti, entre otras, obtienen en el habla local, lo que puede hacer que un verdadero mestizo biológico y cultural sea considerado blanco, indio o cholo, y así con cada grupo etno-social.

“...la sociedad peruana aparece como crecientemente heterogénea desde la cima hasta la base. Sistemas localistas de clasificación

social. Sistemas que varían según el grado de modernidad y urbanización del área o la ciudad.”

(Fuenzalida Vollmar)

Junto al apabullante mestizaje, existen aún muchas series de separación social fundadas en la raza, que incluso se prestan a generalizaciones apresuradas, fruto de una superficial observación.

El Perú actual

En los últimos años, las clases altas y medias del país han cobrado más conciencia de la gravedad de los problemas sociales y, al mismo tiempo, de los muchos rostros de Perú. Millones de peruanos se han incorporado a la vida moderna del país, lo que a menudo ha significado una migración que enriquece nuestras grandes ciudades como también les crea problemas y despuebla el campo. Hasta hace algunos años se decía que el problema del indio era el más grave de todos; hoy se habla de la desocupación y la pobreza, señal clara de que el cambio se ha acelerado.

La preocupación por lo andino es producto del protagonismo que ha adquirido en los últimos tiempos, de suerte que, a partir de entonces, no cabe hacer el retrato del país sin darle un lugar especial.

La moderna sociedad de clases favorece el proceso formativo de la nación al hacer que desaparezcan, o queden en segundo plano, elementos culturales y biológicos otrora excluyentes.

“...en las ciudades más modernas del Perú, carece de sentido referirse a un individuo como ‘blanco’, ‘indio’ o ‘mestizo’, salvo que esto se haga en contextos especiales. Se tenderá a decir, más bien, que pertenece a una clase ‘alta’, ‘media’ o ‘baja’; que es un profesional, un comerciante o un obrero; que es rico o pobre, la movilidad vertical y horizontal se intensifica [...], la nueva sociedad peruana comienza lentamente a recrear su autoimagen en términos de clase económica y ocupacional.”

(Fuenzalida Vollmar)

La cultura peruana, diversa desde antiguo, se diversifica aún más por notorias influencias foráneas, en lo que algunos creen ver la pérdida de nuestra identidad. Lo popular se desborda, ha dicho el antropólogo Matos Mar, y sus expresiones lo atestiguan –la comida, la artesanía, la música adquieren otras formas y matices–, como señalan a la vez la vitalidad creadora de Perú.

Los marxistas y socialistas han aportado una formidable crítica a las visiones de Perú heredadas de otras generaciones, pero ella no siempre ha sido acertada ni ha considerado todos los factores y situaciones. Una de sus más logradas contribuciones ha despejado la visión de los jóvenes:

“...los jóvenes de hoy no se identifican con el Perú en la forma como pretendía el nacionalismo tradicional. No se sienten como síntesis plasmada entre lo español y lo indígena. No obstante, reclaman tanto una identificación plena con ‘lo nuestro’ como una meta común a todos los peruanos. La vitalidad del nacionalismo peruano no consiste tanto en ser una lealtad hacia algo definido, cuanto en ser anhelo, y una carencia sentida con sinceridad; es decir, con pena, esperanza y deseos de ‘hacer algo’.”

(G. Portocarrero)

Portocarrero sostiene también que el nacionalismo tradicional, que funcionó mucho tiempo, está en crisis, y que hay un nuevo nacionalismo que se manifiesta en el deseo de ser peruano y en la revaloración de lo andino.

Conclusiones

Perú es una realidad en proceso de creación colectiva. El Perú actual no es el de los incas, ni el de la conquista, ni el de la independencia, ni el de la guerra con Chile, ni el de hace veinte o treinta años; su rápida transformación es señal de vitalidad, como su integración es señal de madurez. Nuestras visiones de la historia de Perú, así como nuestras percepciones de la identidad nacional, han estado marcadas por las circunstancias, buenas o malas, que ha vivido el país, así como por los procesos de cambio que han tenido y tienen lugar.

La historia del hombre que ha habitado el Perú es la historia de la lenta evolución de grupos humanos separados, distintos y hasta contrapuestos, que el paso del tiempo y de las generaciones ha convertido, no sin fricciones, en una sociedad en camino de plasmarse como nación, la cual reconoce matices varios (regionales, sociales) y sus diversos orígenes, identidades locales, étnicas y culturales. Lo peruano admite, pues, diferentes contenidos, y así lo aceptamos, pero también es una categoría que engloba una sola idea nacional, una sola simbología, una sola configuración política, una identidad nacional supracultural y superracial que acoge en realidad a una familia de identidades.

La raza va dejando de ser determinante en la configuración (imagen) de la nación peruana. En muchos peruanos esto ya se ha producido, vale decir que se

reconocen como tales a pesar de las diferencias que los separan. Sin embargo, en este panorama encontramos diversos grados de integración, y advertimos que aún son muchos los que componen grupos minoritarios –cada vez más reducidos– poseedores de ancestrales visiones del mundo y, sobre todo, de una fisonomía singular que los constituye en sectores notoriamente diferentes de la mayoría nacional modernizada que se acrecienta cada día. En tal sentido, la historia de Perú puede proponerse como la lenta aceptación de los indios por los no indios, de los mestizos por quienes no se consideran tales, de los blancos y de los negros por los otros; es también la lenta toma de conciencia de su diversidad.

La lectura del pasado peruano debe hacerse en función de lo que somos los peruanos de hoy, de nosotros mismos como resultado vivo y actual de una continua transformación ocurrida a despecho de hombres, gobernantes, leyes, sabios, terremotos y guerras. Ciertamente, los españoles, indios y negros que vivieron el virreinato como seres reconocidos por las leyes, y los mestizos diversos que lo vivieron en forma menoscabada, no pudieron calcular ni avizorar la nueva sociedad que hoy constituye su herencia. Sólo en algunos hombres de la Ilustración y del liberalismo cabe hallar la utopía, que tal era, de soñar con una sociedad de hombres libres, iguales en derechos y con un destino común. Hagamos una lectura del pasado peruano que nos muestre el camino recorrido hasta ser lo que somos: una sociedad organizada que cree poseer una identidad –o, mejor dicho, muchas identidades pertenecientes a la misma familia– propia e inconfundible que la distingue entre todas las sociedades del planeta.

Se está desarrollando un concepto más amplio de la historia de Perú, más exacto y próximo a la realidad del país actual; ello es resultado de las nuevas investigaciones y de los cambios que se experimentan en la sociedad peruana al incorporarse nuevos sectores a la dirigencia y al electorado. El país actual es más de su diversidad. El concepto “historia de Perú” debe incorporar a todas sus partes y a todos los peruanos (nacidos en Perú o afincados en él), sin preferencias ni exclusiones. No es más importante el período inca que el virreinal o el republicano; no es más peruano el campesino indio que el criollo burócrata. ¿Quién puede decir que es más peruano porque sólo tiene tal o cual sangre, o porque ha nacido en tal o cual lugar, o porque tiene tal o cual cultura? En los países donde predomina el mestizaje es absurdo sostener la prioridad de tal o cual raza, grupo o clase.

Debe relevarse la aparición histórica y la diversidad real de un nuevo tipo humano peruano en sentido amplio, vale decir mestizo. Una sociedad consciente de su especificidad hará posible el logro de una identidad nacional más madura y responsable. La historia de la humanidad muestra a cada paso contactos, intercambios, préstamos, aculturaciones, mestizajes, usurpaciones, influencias, invasio-

nes, etc., de todo tipo, entre los hombres y pueblos. En el Perú antiguo ello ocurrió siempre entre las sociedades aborígenes, y desde la conquista española alcanzó nuevos y por el momento definitivos contenidos. Por eso, cabe reconocerle al mestizaje y a la aculturación la condición de clave de la identidad peruana.

La nación peruana se levanta sobre cimientos políticos más que sociales o culturales. Prima entre los peruanos la solidaridad de ese signo, la voluntad de integrarla a pesar de las diferencias. Los peruanos queremos ser peruanos, a pesar de reconocernos distintos. No se nos ocurre ser otra cosa, no proyectamos el fraccionamiento del país, no negamos nuestra nacionalidad. En tal sentido, la nación es una construcción de todos los días, un permanente apostar por el sí, un juramento tácito que le hacemos a la patria común y grande que vemos en los mapas. Cierto es que múltiples aspectos socioculturales, la historia y la geografía, nos unen, pero no lo es menos que también nos separan o nos pueden separar y hasta contraponer. Pienso en los resentimientos y desconfianzas acunados por el tiempo recorrido juntos y a la vez separados; en los prejuicios; en la introvertida personalidad del pastor que vive en la puna, lejano en espíritu del talante desinhibido del piurano; en el ritual propiciatorio del andino, poco o nada comprendido por la irreverencia del costeño; en la expresividad del quechua, cuyo uso y estudio debemos propiciar, ante lo incógnito de las lenguas amazónicas; en el huaylash del centro, en la polka limeña o en la marinera puneña, todos diversos y, sin embargo, familiares y nuestros, entre tantas y tantas señales de diversidad dentro de la gran unidad que queremos constituir y deseamos perfeccionar.

Bibliografía

- ARROSPIDE DE LA FLOR, César, et al. (comps.) *Perú: identidad nacional*. Lima, Ediciones CEDEP (Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación), 1979.
- BASADRE, Jorge, *Historia de la República del Perú. 1822-1933*. Lima, Editorial Universitaria, 1968-1970. 6ª edición.
- BURGA, Manuel, "Desconocidos inventores de tradiciones", en *Márgenes. Encuentro y debate*. Lima, marzo de 1987, 1, pp. 174-182.
- BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del, *El mestizaje en el Perú*. Piura, Universidad de Piura, 1993.
- CALVO C., Rossano, "Percepción andina de los símbolos nacionales en el contexto social y cultural del Cusco", en *Márgenes. Encuentro y debate*. Lima, noviembre de 1995, 13-14, pp. 163-169.
- CALLIRGOS, Juan Carlos, *El racismo. La cuestión del otro (y de uno)*. Lima, DESCO Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, 1993.

- CAÑIZARES, Jorge, "La utopía de Hipólito Unanue: comercio, naturaleza, y religión en el Perú", en Cueto, Marcos (comp.): *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú* (Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995), pp. 91-108.
- CARDENAS KRENZ, A. Ronald, *¿Existe la nación peruana? Apreciación histórica y breve análisis*. Lima, Universidad de Lima (Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Centro de Investigación Jurídica), 1990.
- CLEMENT, Jean-Pierre, *Índices del Mercurio Peruano. 1790-1795*. Lima, Instituto Nacional de Cultura (Biblioteca Nacional), 1979.
- CHANG-RODRIGUEZ, Raquel. "Colonización y conciencia nacional: Garcilaso de la Vega Inca y Felipe Guamán Poma de Ayala", en *Caravelle* (Toulouse, 1982), 38, pp. 29-43.
- CHOCANO, Magdalena, "Ucronía y frustración en la conciencia histórica peruana", en *Márgenes. Encuentro y debate*. Lima, octubre de 1987, 2, pp. 43-60.
- DURAND FLOREZ, Luis, "La formulación nacional de (en) los bandos de Túpac Amaru", en *Cielo abierto*. Lima, junio de 1980, 3: 9, pp. 3-14.
- ESCOBAR M., Gabriel, "El mestizaje en la región andina: el caso del Perú", en *Revista de Indias*. Madrid, enero-junio de 1964, 95-96, pp. 197-219.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar, "El sistema de castas y el mestizaje cultural en el Virreinato del Perú", en Huertas Vallejos, Lorenzo, et al., *Peruanidad e identidad* cit. infra, pp. 105-342.
- FLORES GALINDO, Alberto, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*. Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1987.
- FLORES OCHOA, Jorge, "Mestizos e incas en el Cuzco", en Tomoeda, Hiroyasu, et al. (comps.): *500 años de mestizaje en los Andes* cit. infra, pp. 201-219.
- FUENZALIDA VOLLMAR, Fernando, "Poder, etnia y estratificación social en el Perú rural", en Fuenzalida Vollmar et al., *Perú, hoy*. México, Instituto de Estudios Peruanos y Siglo XXI editores, 1971, pp. 8-86.
- GARCIA, José Uriel, *El nuevo indio*. Cusco, Municipalidad del Cusco, 1986.
- HOLGUIN CALLO, Oswaldo, "Extensión y fronteras del Perú: alcances del Setecientos (1740-1800)", en Córdova Aguilar, Hildegardo (comp.): *Espacio: teoría y praxis*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Fondo Editorial), 1997, pp. 165-184.
- HUERTAS VALLEJOS, Lorenzo, "Espacio social e identidad regional durante los siglos XIII-XVIII", en Huertas Vallejos et al., *Peruanidad e identidad* cit infra, pp. 15-103.
- HUERTAS VALLEJOS, Lorenzo; ESPINOZA SORIANO, Waldemar; y VEGA, Juan José, *Peruanidad e identidad*. Lima, Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, 1997.
- IWASAKI CAUTI, Fernando, *Nación peruana: entealequia o utopía. Trayectoria de una falacia*. Lima, Centro Regional de Estudios Socio Económicos, 1988.
- LAVALLA, Bernard, *Las promesas ambiguas. Ensayos sobre el criollismo colonial en los Andes*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (Instituto Riva-Agüero), 1993.

- LOPEZ MARTINEZ, Héctor, "Un motín de mestizos en el Perú (1567)", en *Revista de Indias*. Madrid, julio-diciembre de 1964, 97-98, pp. 367-381.
- LOPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio, "El nacionalismo y los orígenes de la Sociedad Geográfica de Lima", en Cueto, Marcos (comp.) *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú* (Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995), pp. 109-125.
- LLOSA, Jorge Guillermo, *En busca del Perú*. Lima, Ediciones del Sol, 1962.
- MANRIQUE, Nelson, *Campesinado y nación. Las guerrillas indígenas en la Guerra con Chile*. Lima, CIC Centro de Investigación y Capacitación y Editora Ital Perú S. A., 1981.
- MANRIQUE, Nelson. *Yawar Mayu, Sociedades terratenientes serranas, 1879-1910*. Lima, DESCO Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo e IFEA Instituto Francés de Estudios Andinos, 1988.
- MATICORENA ESTRADA, Miguel, "La idea de patria en el Perú", en *Gaceta Sanmarquina*. Lima, julio de 1994, 23, pág. 12.
- MATOS MAR, José, "Algunas consideraciones acerca del uso del vocablo mestizo", en *Revista Histórica*. Lima, 1965, 28, pp. 62-63.
- MATOS MAR, José. *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1984.
- MENDEZ, Cecilia, *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima, Consorcio de Investigación Económica e Instituto de Estudios Peruanos, 1995. 2ª ed.
- MILLONES, Luis, "Sociedad indígena e identidad nacional", en Arróspide de la Flor, César, et al. (comps.), *Perú: identidad nacional* (cit. supra), pp. 57-77.
- MOROTE BEST, Efraín, "La zafa-casa", en *Cultura*. Lima, enero-marzo de 1956, 1, pp. 13-30.
- MUJICA GALLO, Manuel, *Raíz y destino del Perú*. Lima, Populibros peruanos, 1964.
- NUGENT, Guillermo, *El laberinto de la choledad. (Formas peruanas del conocimiento social)*. Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1992. 2ª edición.
- PACHECO VELEZ, César, "Identidad nacional, proyecto y utopía en el pensamiento de Víctor Andrés Belaunde", en Belaunde, V.: *Peruanidad*. Lima, Comisión Nacional del Centenario, 1987, pp. 443-66 (*Obras completas*, 5).
- PORTOCARRERO, Gonzalo, "Nacionalismo peruano: entre la crisis y la posibilidad", en *Márgenes. Encuentro y debate*. Lima, junio de 1988, 3, pp. 13-45.
- PORTOCARRERO, Gonzalo y OLIART, Patricia, *El Perú desde la escuela*. Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989.
- REMY, María Isabel, "Historia y discurso social. El debate de la identidad nacional", en Cotler, Julio (comp.): *Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 275-292.
- Revista Histórica*. Lima, Academia Nacional de la Historia, 1965, 28.

- RIVA-AGÜERO, José de la, *Paisajes peruanos*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1969. (*Obras completas*, 9).
- ROBLES, Eduardo, "El porvenir del Perú", en *Alpha. Revista Universitaria. Órgano de los estudiantes de la Universidad Católica*. Lima, 31 julio de 1923, 2: 2, pp. 59-66.
- ROWE, John H., "Movimiento nacional inca del siglo XVIII", en *Revista Universitaria* (Cuzco, julio-diciembre de 1954), 107, pp. 17-47.
- SILVA SANTISTEBAN, Fernando, "El mito del mestizaje", en *Aportes* (París, octubre de 1969), 14, pp. 39-52.
- SIMMONS, Merle E., *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la Independencia hispanoamericana*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello (Instituto de Investigaciones Históricas), 1983.
- TAMAYO HERRERA, José, *Regionalización ¿mito o realidad? e identidad nacional ¿utopía o esperanza?* Lima, CEPAR Centro de Estudios País y Región, 1988.
- TOMOEDA, Hiroyasu, y Millones, Luis (comps.): *500 años de mestizaje en los Andes*. Lima, Museo Etnológico Nacional de Japón (Osaka), Biblioteca Peruana de Psicoanálisis y Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos, 1992.
- VALCARCEL, Luis, *Tempestad en los Andes*. Lima, Editorial Minerva, 1927.
- VARALLANOS, José, *El cholo y el Perú*. Buenos Aires, Imprenta López, 1962.
- VEGA, Juan José, "La República criolla", en Huertas Vallejos et al., *Peruanidad e identidad* (cit. supra), pp. 343-457.
- WIESSE, María, *Vida del Perú y de su pueblo. Ensayo*. Lima, Cía. de Impresiones y Publicidad, 1958.
- ZAMALLOA ARMEJO, Raúl, "El proceso de la nacionalidad", en Arróspide de la Flor et al. (comps.), *Perú: identidad nacional* (cit. supra), pp. 17-36.